La primera revelación

Rosamaría Roffiel

De las vacaciones en Veracruz lo mejor era cuando su abuela la mandaba a comprar el pan al atardecer. A ella sola porque ya tenía casi once años, ya le había bajado su regla y sobre su vestido de cuadritos rosa con blanco asomaban los primeros vestigios de lo que seguramente serían unos pechos como los de María Victoria. O al menos eso decían sus tías, porque las mujeres que nacen en la costa se desarrollan más, y más rápido. Y aunque ella se había ido a vivir al DF desde los seis, no había vacación escolar que no viniera a visitar a sus abuelos y a brincar reata, descalza, con la palomilla de primos y amigos sobre la banqueta de Gómez Farías, entre Bravo y Zapata.

Lo de tener un busto enorme todavía no acababa de convencerla. Los hombres te miran de una manera que te hace sentir incómoda. Ya ni tus primos te tratan igual. Y a Gulle le encantaba jugar con sus

primos. En las noches, al terminar la merienda, los adultos sacaban sus mecedoras a la calle para tomar el fresco mientras los chicos corrían persiguiéndose, inventando juegos que olvidaban enseguida para volver a inventarlos después. Roña en patines, pisa y corre, guerra con globos llenos de agua, la Llorona loca y Supermán. Niñas y niños por igual. Las únicas veces en que sus primas se ponían aburridas era cuando empezaban a hablar de que qué ganas de cumplir los quince para poder pintarse los labios, usar tacones y tener novio. Cuando ella fuera grande, iba a viajar hasta cada uno de todos los rincones de ese mundo que había empezado a revelársele a través de la televisión, allá en la capital.

A Guille no le importaba que en Veracruz no hubiera tele. Porque en Veracruz estaban la nevería Yucatán, el cine Variedades y los tranvías. Había merengues de la Colón, duquesas, champolas y picadas de mole para el desayuno. También estaban las matinés de los domingos. Tres películas de terror por dos pesos. Una fila completa de primos que se pasaban las tortas de frijoles con nata y los frascos con agua de limón que la abuela les preparaba.

Los domingos en la tarde los llevaban al malecón. Guille corría de un extremo a otro a la velocidad indicada para que el vestido se le volara, sin levantarse demasiado para que no se le vieran los calzones. Después seguía el zócalo, donde las mujeres, caminaban en un sentido y los hombres en el sentido contrario. La ilusión de sus primas era coincidir durante un momento con los muchachos que les gustaban. Pero ella no compartía esa emoción. Cuando nadie se daba cuenta, se iba a la fuente de las ranas a taparles la boca y sentir la presión del chorro de agua sobre las palmas de las manos. Trataba de imaginar la fuerza de ese chorro sobre su pecho, conteniendo el avance de esas protuberancias que a veces le resultaban amenazantes, aunque en el fondo se sintiera fascinada al acariciárselas por las noches. Luego se sentaba en una de las bancas a contemplar a la gente, a los globeros y al señor de los barquillos, en tanto la música de las marimbas en los portales le llenaba de alegría el corazón.

Pero sobre todo, en Veracruz estaba el mar. Cuando iba por el pan para la merienda se desviaba dos cuadras de su ruta habitual, atravesaba la avenida y se paraba frente a la pequeña barda del boulevard para sentir los piquetitos de la brisa sobre las mejillas, extender un brazo hacia el océanos y chuparse la sal que se le pegaba en el dorso de la mano. Después, corría las dos calles hasta la panadería para recuperar el tiempo.

El olor del pan empezaba a notarse a media cuadra de distancia. A Guille se le mezclaba con el sabor de la brisa húmeda que aún guardaba en la comisura de los labios y en la misma lengua. Cinco michas, cuatro cuernos, tres chamucos, dos cocoles y un enredo para que su abuelo lo sopeara en su taza de chocolate batido con agua.

Esa tarde había oscurecido más que de costumbre. Todavía le faltaba la cuadra larga, la de los pinos y los faroles con los focos fundidos. Guille vio dos figuras que caminaban muy cerca una de la otra. Seguro eran unos novios. Se aproximó despacio y empezó a andar detrás de ellos para distraer el miedo. Desde su cercanía, alcanzó a ver cómo se tomaban de la mano y se miraban a los ojos. Ella nunca había visto mirarse de esa manera a nadie, como si chorros de luz les brotaran de las pupilas e iluminaran, por una fracción de segundo, la tétrica calle. De repente, los novios se besaron en la boca y comenzaron a reír. Había algo tan musical y familiar en esa risa que Guille apenas si pudo contener una carcajada de felicidad. Pero las risas eran risas de mujeres. Guille se sintió confundida. La parte oscura de la cuadra estaba a punto de terminar. La pareja se separó y Guille aprovechó el momento para observarla mejor. No eran dos novios. ¡Eran dos mujeres y se habían dado un beso en la boca! Un gemido de sorpresa se le escapó de la garganta. Sorprendidas también, las dos mujeres se volvieron a verla. Una le guiñó un ojo y la otra le regaló la sonrisa más plena que Guille hubiera recibido jamás. Después, doblaron hacia la derecha y se perdieron de vista.

Una descarga de energía le subió a Guille desde el pubis hasta la cabeza. El corazón empezó a latirle más aprisa. La noche parecía llenarle los oídos de murmullos nuevos y el pecho de un extraño contento. Sintió un inmenso deseo de abrazar a alguien y apretó la bolsa del pan contra su pecho. Entonces le dieron ganas de cantar, de correr, de tener alas, al ir sintiendo el calorcito de las michas en sus pezones.

Primer Lugar en el
Primer Certamen de Cuento Lésbico
Grupo Coyolxauhqui Articulada